

## Ortega y Gasset y nuestro tiempo

=De Revista Mundial, París=



Ortega y Gasset

falaz de mediodía, interioridad y gravedad del septentrión. Sólo Fichte y Hegel y en cierta dirección Gobineau, han contrapuesto de esta guisa y sin mesura a la luz, a la pureza, a la vitalidad del germanismo, la irredimible anarquía, las tinieblas inferiores, el caos en que se abisman sociedades secundarias.

El maestro se ha dispersado en notas, meditaciones, ensayos y folletos. Ahora se propone soberbiamente construir. Sabemos ya lo que será su obra futura. Ante todo el elogio de nuestro tiempo, la resuelta aceptación de una filosofía beligerante que combate y elimina, destruye doctrinas del pasado con un insistente anhelo de superación. Exalta el escritor, como Nietzsche, la vida ascendente; en el individuo sano, la «magnífica gracia animal». Del lado de la gente moza está porque ella va a convertir la vida en fiesta y crear nuevos valores.

Puede inquietarnos en un filósofo este culto de lo vital. Ha enseñado que la filosofía ha sido siempre utópica, y al mismo tiempo, ha proclamado que la utopía es falsa. Condena la razón que llama pura y aspira a reemplazarla por la razón vital, pero también enseña que Europa nace, es propiamente tal, continente de la proporción, del orden y de la lógica, cuando Sócrates descubre la razón, es decir, la razón pura. Oposiciones o contradicciones de un debate interior en el cual no ha granjeado el noble pensador armonía y paz. Entre

Francisco García Calderón

### LIBRERIA ESPAÑOLA

10 Rue Gay-Lussac, París V,  
y Mayor 4. Madrid, España

Envía libros españoles, franceses, etc.,  
a todos los países en las mejores  
condiciones.

Pídase información de novedades.

Depositario del *Repertorio Americano*.

ORTEGA y Gasset es maestro y escritor, pero también *duca*, adalid, caudillo, *signore*. Nadie expone sistemas con más elegancia que él, en la lengua precisa y sonora. Se ha enseñoreado de tres culturas. Marida la imagen y la idea, el símbolo y el rigor lógico. Después de platonizar se instala sólidamente en la tierra, en el mundo abigarrado de los sentidos o, al contrario, para liberarse de impresiones que, en tumulto, le aprietan, se refugia en el dominio eviterno de las ideas.

Veinte pueblos hispánicos le piden, en actitud discipular, una dirección. En Francia le siguen desde que analizó a Proust con extrema perspicacia. En Alemania, los más altos espíritus le reciben y congratulan. Alternativamente, el joven filósofo viaja y se concentra, se refugia en su biblioteca como Próspero, o avanza hacia el vasto mundo a descubrir y conquistar. En una revista avizora las inquietudes y las ambiciones de Occidente. Envía discípulos a las universidades españolas, impone derroteros, es veedor frente a la invasión de ideas y de normas europeas, agita, turba o aquieta, vive para enhestar a su pueblo.

Todo le interesa, nada le fija. Medita sobre las danzarinas, en un campo de polo, entre duquesas; discurre del darma y de los ciclos en la filosofía hindú. Imaginamos que una Victoria Colonna le espera cuando termina, entre aclamaciones, su lección de metafísica. El mundo, el arte, el paisaje, las proezas de don Juan, el cogito de Descartes, la política de Cánovas, el diálogo melodioso de Platón le atraen, le apasionan. Antes que él, en otras épocas, Giner fue un santo laico, con cura de almas; Sanz del Río un abstruso y noble profesor; Joaquín Costa rugía como orador leonino y vaticinaba. Ortega junta todas las ambiciones a fin de ser el hombre universal, el «uomo singolare» del Renacimiento.

Es un mediterráneo que aspira a una suerte de promoción en la jerarquía de los pueblos. Quisiera trasmutarse en germano y pide a los españoles que no olviden su herencia teutona. Escritores ingleses, Chesterton o Hilaire Belloc, han exaltado el Mediterráneo, mar de Ulises y de San Pablo, en torno al cual surgen ciudades y dogmas, columnas esenciales de nuestra civilización, Roma, el logos. Venus riente, capitana de hombres y dioses. «Ortega avanza, entonado, desde el sur, hacia las regiones hiperbóreas. Donde otros hallan nieblas, él encuentra meridiana claridad». Hace quince años, demostró que la cultura germánica es de realidades profundas, y lo latino juego sugerente en la sobrehoz. Según él, el alemán aparece como fuerza plasmante y organizadora. Los pueblos que conquista y ennoblece le ofrecen materia inferior y arcilla sumisa. A veces ha exagerado y seguido en sus afirmaciones a escritores impávidos que enhilan paradojas, a Houston Chamberlain y Woltmann, por ejemplo. Explica entonces que Descartes es alemán, que Donatello y Miguel Angel descienden de teutones; a ejemplo de las escuelas de más allá del Rin, opone civilización y cultura, brillo

tanto, nos ofrece brillantes fórmulas, y antítesis: la vida debe ser culta, la cultura debe ser vital; la cultura separada de la vida es bizantinismo, la vida desnuda de cultura se confunde con la barbarie.

América, España mayor, le hace olvidar divisiones, le incita y consuela. En Buenos Aires ha hallado dos veces el camino de Damasco, en esa ciudad tentacular donde la riqueza sirve de basamento, como en Florencia, a graciosas torres que albergan a Ariel entre dos vuelos. Regresa a su patria, grávido de dones, rico de fe y de caridad.

Como atribuye a la política secundaria importancia, y en las revoluciones cuyo ocaso anuncia sólo estudia el elemento racioal, no el mito, el entusiasmo religioso, apocalíptico que señalaran Tocqueville y Carlyle en la Revolución francesa y Berdiaeff en la rusa; se separa de Costa para el cual una trasmutación de la realidad española, desde arriba, desde el gobierno, una trasmutación «gace-table» es imperiosa. En vez del antiguo y simple dinamismo, traba reformas seguras. Nota en la realidad actual, decadencia, «invertibración», mengua de las energías, oposición de regiones, egoísmo de clases, odio a los mejores, a los hombres que pueden constituir la minoría directora. Hace más de tres siglos que, por breve espacio de años, entre 1480 y 1600, culminó el esfuerzo ibérico, y se realizó el «milagro» español: abundancia, riqueza, imperio, santos y superhombres, místicos y aventureros, conquista del reino interior y conquista del universo. Ortega espera la reforma nacional en nuestra época del trabajo pertinaz, del enriquecimiento, de la cultura, de la coordinación. Escoge una vía media entre dos extremos, el gobierno de la península por Calibán y Sancho, el quijotismo errabundo y alucinado.

Y volviendo a lo espontáneo, desconfiando de la razón pura, recordando lo que escribió alguna vez, a saber, que nunca nos dará el concepto, lo que nos da la impresión, la carne de las cosas; quién sabe si el rector de la futura España va a reconciliarse con el Mediterráneo. Más españoles que él, nos dejaremos cautivar por la luz y las formas, por la diversidad, sirena incomparable. No importa que la gente ibérica no ofrezca al mundo conceptos ni teorías, si, en cambio de esta limitación, lo enriquece con trágicos contrastes, una sinfonía de colores, nuevos capítulos para la defensa del estoicismo, y opone al frenesí, el abandono; a la codicia, la hidalguía, un señorío natural sobre bienes secundarios y regia hospitalidad. Y ahora que lo vital y lo inmediato predominan, con ritmos y canciones conquistará a los pueblos.

Desde ahora Ortega corrige defectos inveterados y condena el rencor, la incompreensión, la inercia, la división, en nombre de generosos imperativos de concordia. El gran místico español enseñaba que la unidad debe poner su silla sobre todo. El guiador de nuestro tiempo invoca al amor que desciende desde los cielos más altos a la tierra para que todo en el universo viva en conexión.